

«Algunos comentadores, algunos espíritus tímidos y apocados, hacían sus reservas al través de mil precauciones; hé ahí todo.

«No pueden leerse sin pena los escritos de muchos autores cristianos de aquellos días. ¡Cómo se procuraban la benevolencia de los soberanos! ¡Cómo demostraban el miedo que Voltaire les infundía! ¡Cómo ignoraban ó temían la verdad!

«La herejía nacional y la herejía real tenían obstruidos los canales por los que la ciencia y la obediencia se comunican al cuerpo católico.

«Ramas enteras del frondoso árbol del Catolicismo parecían muertas, aunque no desgajadas.

«Los filósofos emancipando la moral del dogma, los políticos desdeñando los principios de la moral para el gobierno de los pueblos, produjeron aquella funesta situación que corrompiendo á las almas corruptibles consiguió aletargar á muchos escogidos.»

Preciso nos es elevar un poco nuestras consideraciones y remontarnos hasta el manantial de la tremenda perturbación de las soberanías y de los pueblos.

Aquel desconcierto social tenía su causa donde la han tenido, y no pueden dejar de tenerla, todos los desconciertos.

Los hechos son hijos de las doctrinas; las revoluciones se forman en las escuelas; una revolución sin escuela carece de espíritu; es un cadáver que se descompone á los primeros rayos de la intelectual luz.

Pero cuando las inteligencias están pervertidas hasta el punto de adoptar principios que entrañan la sanción del desorden, entonces la revolución tiene su filosofía, los filósofos de la revolución se presentan á los pueblos vestidos con el carácter del apostolado.

Los pueblos, cuyo primer movimiento es una expresión de horror ante el crimen, no sienten repugnancia alguna en escuchar y admitir una doctrina por absurdos que sean sus principios y por criminales que sean sus consecuencias.

Las convicciones se transforman á merced de las teorías más repetidas, aunque menos fundamentadas.

Las revoluciones tienen entonces su apoyo en la opinión pervertida, y cuentan con una organización completa; porque el corazón las abraza por los sentimientos placenteros que fomenta, y la inteligencia los defiende por los especiosos argumentos en que se apoya.

Los acontecimientos políticos del último tercio del siglo XVIII se apoyaban en las doctrinas filosóficas de los dos anteriores tercios del mismo siglo.

Un escritor contemporáneo, filósofo y literato, coronado por la celebridad á pesar de su juventud, ha consignado sobre el carácter doctrinal del siglo XVIII un juicio que no debemos dejar en silencio:

«Existe un siglo en la historia, dice, que se caracteriza por una negación atrevida y constante, la negación de lo sobrenatural, la negación del misterio...

«Rousseau en filosofía, Voltaire en literatura, Montesquieu en historia, Buffon en la historia natural, ¿qué hicieron?

«Una sola cosa; suprimir el misterio.

«Rousseau cree, ó se figura que cree, que el hombre sabe la última expresión de las cosas.

«Rechaza á este efecto todo lo que le supera; rechaza todo lo que no puede

abarcarse. Extiende á Dios, al hombre ó la naturaleza en el lecho de Procusto, que ha fabricado por sus propias manos, y después de haber hecho un Dios tan pequeño, un hombre tan pequeño, una naturaleza tan pequeña, lejos de asombrarse, descansa y se complace en lo que ha hecho...

«Voltaire en su literatura no tiene sino una preocupación, la de librarse de lo sublime. Es que lo sublime es necesariamente misterioso. Los secretos de la palabra son profundos porque la palabra es una cosa santa.

«En el hombre caído existe una tendencia hácia la afrenta que le conduce á burlarse de su propia gloria. Esta tendencia, que sorprende á los que no conocen al hombre, evidente para los que le conocen, constituyó lo que fue llamado *espíritu volteriano*.

«La intención de rebajar al hombre procede del odio profundo á la gloria de Dios. Este odio tiene una especie de perspicacia. El filósofo reconoce á Dios en todas partes, aunque se esfuerce en no reconocerle en ninguna, y por esto rebaja la creación, empuqueñece la creación, para empuqueñecer al Criador; detesta al hombre porque es la imagen de Dios, le desprecia porque es la gloria de Dios, y pretende que se degrade á sí propio para renunciar á ser la gloria de Dios. Este gusto por la deshonra, este placer en degradar á los semejantes y á sí propio, esta baba que todo lo mancha, que es el fondo del espíritu volteriano, esta vergüenza humana es el fruto del orgullo.

«Dominado por el orgullo el hombre no quiere relacionarse con Dios, y como solo en Dios encontraría su gloria, renuncia á la gloria para renunciar á Dios. Medroso de encontrar la gloria en Dios, se precipita al abismo de su degradación.

«El hombre que adora no puede burlarse de sí mismo; Voltaire quiere que el hombre se burle de sí mismo, á fin de que no le sea posible adorar.

«Voltaire decapita al hombre y deshonra la creación para destruir la imagen de Dios y borrar de la tierra las huellas de sus pasos...

«Voltaire es más negro, más agresivo que Ovidio, aunque ambos ejecutan las mismas extravagancias.

«Y ¿qué dirémos de Delile? y de Saint-Lambert? y de Lebrun? y de Crebillon? y de Guimond de la Touche? y de Lemierre? y de Marivaux? y de Piron? y de Fabre-d'Eglantine? de Dorat? ¡qué gigantes los grandes filósofos del siglo XVIII!

«Si consideramos su filosofía, nos sumergimos hasta á los abismos espantosos de Condillac, y nos sentimos arrastrados hasta á las *alturas* en que Helvecio habita. Como si un ciego hubiera pretendido describir los colores, Helvecio pretendió hacer un poema de seis cantos sobre la felicidad. Y ¿Dupuis? y Domet?

«¡Aquella reunión de especialidades no fue por sí sola un fenómeno! ¿Cómo es posible que los hombres después de haber visto el siglo XVIII, lejos de meterse en las entrañas de la tierra, sepan enorgullecerse con su memoria?

«En historia ¿qué ha hecho Montesquieu? Ensaya explicarlo todo prescindiendo del misterio, sin traspasar los límites de las cosas conocidas, sin espantar á sus contemporáneos. Para él la historia carece de horizonte... El hombre aparece en ella encerrado entre dos murallas, mutilado, comprimido, sin aspiraciones ni desengaños, solo, frío, lejos de Dios, insensible á tamaño aislamiento.

«En la historia natural Buffon emplea exactamente el mismo proceder.



Contempla la naturaleza á través de la atmósfera de que el siglo XVIII le rodea. La naturaleza que él despliega ante sus investigaciones se asemeja á una decoracion de la ópera cómica... Quita á la creacion la majestuosa simplicidad con la cual nos da Dios una enseñanza de que pocos hombres se aprovechan. La creacion tiene una voz profunda, alta, dulce y misteriosa... Buffon no la oye ni la deja oír.

«La poesía, en el sentido que dió á esta palabra el siglo XVIII, es ridícula y vergonzosa... ella ha prostituido hasta las lágrimas; ¡ las lágrimas, que cuando no salvan condenan! El hombre además de la palabra articulada posee dos palabras singulares, secretas, desconocidas, la risa y el llanto.

«El siglo XVIII, no contento con hacer mentir la palabra articulada, ha hecho mentir el llanto y la risa. Voltaire ha realizado esta triple obra, y la ha realizado completamente, sin desconcertarse, sin arredrarse, sin detenerse.

«Voltaire ha prostituido la risa, siempre que se le ha antojado, deshonorando con ella el misterio de las cosas sobrenaturales; ha prostituido el llanto, siempre que ha querido, para deshonorar el misterio de las cosas naturales.

«El siglo XVIII trataba el alma humana como cualquiera otra cosa; los espacios visibles é invisibles se reducian á asuntos de tocador.

«Aquellos hombres que reian de todo lloraban ante los pastores de Florian...

«El siglo XVIII no quiso morir sin legarnos su retrato; la pintura refleja la exacta fisonomía de aquel siglo... la pintura del siglo XVIII no solo es ridícula, es afrentosa. Watteau, Boucher, Fragonard, son los hijos de aquella sociedad corrompida, hijos terribles que dicen á los pasajeros los secretos de su madre. Aquellas figuras desnudas y acicaladas no son únicamente fatuas, son repugnantes: ellas son la representacion del siglo XVIII corrompido, afeminado, infecto, sentimental. ¡ Levántese finalmente la justicia del arte y decapite con su espada esas figuras que usurpan un lugar en la memoria del hombre!

«Todos los siglos han visto grandes crímenes; la antigüedad los cometió tales, que bastarian para sorprender á los que ignorasen lo que es el hombre. Mas, en general, sea en la vida, sea en la ciencia, sea en el arte, el hombre sentia el terror misterioso que rinde homenaje al Dios desconocido, y atestiguaba, hasta ultrajándole, la presencia de Aquel que se llama eternamente remunerador y vengador. El siglo XVIII ha obrado de otro modo. No solo pretendió ultrajar á Dios, quiso olvidarse de Él. Ensayó borrar su nombre, quiso hacer una naturaleza y una humanidad en la que el nombre de Dios no se hallara ni siquiera escrito; pretendió quitar á la inocencia su razon de ser, y al crimen su seriedad; se propuso vivaquear sobre las ruinas del hombre (1).»

Veillot y Hello ostentan en las anteriores páginas el espíritu y la fisonomía del siglo XVIII, que engendraron los graves acontecimientos de que fue teatro el mundo.

El taller, la escuela, el hogar, el templo, fueron invadidos por las doctrinas y sentimientos del humanitarismo filosófico, es decir, de la emancipacion del hombre y de la ironía dirigida á todo lo que precede á su cuna y sigue á su sepulcro.

El derecho arrancado de su generoso principio, que es la justicia eterna, no tuvo mas base que el siempre agitado oleaje de las pasiones individuales.

Tales fueron las circunstancias que favorecieron el estallido de la revolu-

(1) Mr. Ernesto Hello: Art. *Le dix-huitième siècle*.—*Revue du monde catholique*.

cion francesa, resumen y ejemplar de todas las revoluciones; grito que la Providencia lanzó para que despertaran los amantes de la verdad divina y de la justicia social.

Pio VI, anciano y achacoso, supo conservar la actitud noble, prudente, fuerte, que su mision altísima reclamaba. El Espíritu Santo le concedió profusamente el don del consejo, y ningun pontífice, como él, hubo de meditar mas la oportunidad del silencio ó de la protesta.

Los acontecimientos que se sucedian no eran á ninguna faz de la historia comparables; porque, en verdad, el hombre, engendrado con la abundancia de derechos, que sin presumirlos ni deseárselos se le habian concedido, posesionado de funesta locura, se creyó revestido de una inmunidad perjudicial.

La tiranía de Neron y de Calígula era inspirada por el orgullo soberano de un corazon extranjero á toda nobleza y generosidad; pero la tiranía de la revolucion francesa era la de la coleccion, la del pueblo.

La mansedumbre de carácter, la finura de maneras, la educacion de palabra y de fórmulas, eran otros tantos motivos de sospecha. El espectáculo de toda santidad era una protesta contra los que habian gritado: *Viva el infierno*.

El infierno de la tierra se declaró lógicamente contrario al Pontificado, entre cuyos gloriosos títulos puede muy bien contar el de enemigo irreconciliable de la confusion.

Pio VI fue el blanco de las iras demagógicas, que en la embriaguez de su pasajero triunfo juraron inmolarlo, como á la mas augusta de las víctimas, en aras de la obscenidad moral y del escepticismo de las inteligencias.

Roma ha tenido siempre el privilegio de ser la hostia expiatoria de los grandes desatinos sociales.

Pio VI tenia en grado heróico todas las virtudes necesarias para ceñir su frente encanecida con la auréola del martirio.

La revolucion francesa provocó una cuestion trascendentalísima, en la que de ninguna manera era lícito transigir al celador de los derechos mas sagrados de la Iglesia.

*La constitucion civil del clero* subordinaba completamente el estado eclesiástico al poder laico. El Papa expidió, con motivo de la publicacion de aquella radical reforma, dos breves, dirigido el uno á los obispos diputados, el otro á la Iglesia de Francia.

Luis XVI, el infortunado monarca que ocupaba el vacilante trono de san Luis, cuya excesiva bondad le hacia esperar una solucion conciliadora entre los intereses y principios de la institucion que personificaba, y las nuevas instituciones por la revolucion creadas, habia impedido la publicacion de los breves del Papa que anatematizaban *la constitucion civil del clero*. ¡ Condescendencia inútil que no bastó á conjurar el terrible golpe que contra su ungida cabeza iba á descargarse!

Los breves apostólicos no vieron la luz pública hasta que el gran Monarca hubo descendido al sepulcro empujado por las iras que él queria desarmar á fuerza de mansedumbre. Cuando los documentos pontificios fueron conocidos, muchas inteligencias preocupadas obtuvieron la luz y cambiaron de senda; creian algunos que el silencio del Papa era una expresion de tolerancia, y la presunta tolerancia del Pontífice era el apoyo en que afianzaban su conducta los que todavia no se hallaban decididos á reñir definitivamente con su conciencia.



De ahí el retorno al aprisco católico de una multitud de los que oyeron los juicios de la Santa Silla contra las reformas eclesiásticas.

Pío VI había escrito á Luis XVI la carta que transcribimos, paternal contestacion á las expresiones de filial afecto que este Rey le había dirigido, al mismo tiempo que á la debilidad y vacilaciones que había manifestado. El sentimiento paternal y la dignidad pontificia brillan á igual altura en este documento histórico:

«Á nuestro querido hijo en JESUCRISTO salud y bendicion apostólica:

«Aunque léjos de poner en duda vuestra firme y profunda resolucion de quedar adherido á la religion católica, apostólica, romana, á la Santa Sede, centro de la unidad, á nuestra persona y á la fe de vuestros gloriosos antepasados, no es para Nos menos cierto que por medio de torcidos artificios y capcioso lenguaje se pretende explotar el amor que teneis á vuestro pueblo y abusar del deseo ardiente que os anima de establecer el orden, la paz y la tranquilidad en vuestro reino. Nos, que representamos á JESUCRISTO en la tierra, Nos, á quien Él ha confiado el depósito de la fe, Nos tenemos el deber especial, ya no de recordaros vuestras obligaciones respecto á Dios y á los pueblos, pues no creemos que seais jamás infiel á vuestra conciencia, ni que os coloquéis en los falsos puntos de vista de una vana política; pero cediendo á nuestro amor paternal nos vemos impelidos á declararos y de la mas expresiva manera denunciaros que si aprobárais los decretos relativos al clero, hundiríais por este solo hecho la nacion entera en el error, el reino en el cisma, y quizá atizaríais la llama devoradora de una guerra de religion.

«Hasta hoy hemos empleado todas las precauciones para evitar que se nos acusara de haber excitado ningun movimiento en este sentido, no oponiendo mas que las inocentes armas de la oracion elevada á Dios; pero si continúan los peligros para la Religion, el Jefe de la Iglesia hará oír su voz: ella se levantará, aunque sin traspasar jamás los deberes de la caridad.

«V. M. cuenta en su Consejo dos arzobispos, uno de los cuales, durante el decurso de su episcopado, ha defendido la Religion contra los ataques de la incredulidad; el otro posee un profundo conocimiento de las materias de dogma y de disciplina. Consúlteles V. M., infórmese de la opinion de un gran número de prelados y doctores de vuestro reino, distinguidos por la piedad y la ciencia: V. M. ha hecho grandes sacrificios en bien del reino; pero si atribucion vuestra es el renunciar hasta los derechos inherentes á la prerogativa real, no teneis el derecho de enajenar ni de abandonar en lo mas mínimo lo que es debido á Dios y á la Iglesia, de la que sois el hijo primogénito (1).

«Pongamos nuestra confianza en la Providencia divina, merezcamos obtener de ella los recursos necesarios por medio de una adhesion inviolable á la fe de nuestros padres.

«En cuanto á nuestras disposiciones particulares, nos es imposible quedar

(1) Los dos eminentes prelados á que aludia Pío VI eran el arzobispo de Vienne, Mons. de Pompignan, y el de Burdeos, Mons. de Circé; quienes tuvieron la debilidad insigne de faltar á la confianza que el Papa tenía en ellos depositada, aconsejando al Monarca la sancion de la llamada constitucion civil del clero. Tan negro proceder llenó de remordimientos la conciencia del primero, que no tardó á morir de melancolía; el Arzobispo de Burdeos publicó mas tarde una retractacion célebre.

Datos tristes que ponen en evidencia el desconsolador estado de los espíritus y de las instituciones en aquel tiempo. La defeccion de una parte del clero, considerable por la cantidad y utilidad de los disidentes, fue la mayor pesadumbre que sintió el Sumo Pontífice.

sin inquietud y afliccion, mientras no sepamos que está asegurada la tranquilidad y la dicha de V. M.

«Con un sentimiento de afeccion paternal os enviamos del fondo de nuestro corazon á V. M. y á su augusta familia la bendicion apostólica... Dado en Roma, en Santa María la Mayor, el dia 10 de julio de 1790, el año décimosexto de nuestro pontificado.»

Luis XVI, á pesar de los paternales avisos del anciano Pontífice, firmó la *constitucion civil del clero* á los 24 dias de agosto de 1790. Su conciencia no quedó tranquila, como lo prueba el haber pedido á Su Santidad la confirmacion de las disposiciones y principios en aquella constitucion acordados.

El Padre Santo, oido el consejo cardenalicio, decidió tomar informe de los obispos franceses.

El 30 de octubre treinta obispos firmaron la célebre *exposicion de los principios sobre la constitucion civil del clero*, redactada por Mons. de Boisgelin, arzobispo de Aix.

En aquel documento el Episcopado francés reclamaba para la Iglesia la jurisdiccion esencial, el derecho de fijar las bases de la disciplina, de reglamentarla, de instituir los obispos y conferirles misiones determinadas; altas é indispensables prerogativas á la Iglesia pertenecientes.

Condoliase de la supresion de tantos monasterios, de la abolicion de tantos establecimientos consagrados á las prácticas de piedad, de los decretos que anulaban las promesas solemnes hechas á Dios, que incitaban á romper la fidelidad de los juramentos prestados, que se esforzaban en borrar límites no escritos por el hombre, sino por el supremo Legislador.

Reclamaba el Episcopado la intervencion de la potestad eclesiástica para legitimar lo que se intentara reformar; que se acudiera al Papa para todo lo que se quisiera hacer importante respecto á la Iglesia; que se autorizara la convocacion de un concilio nacional ó de concilios provinciales, y que se respetara la constitucion de la Iglesia, reconociendo que no es institucion reformable por medidas de pura policia.

Aquel documento fue el grito lanzado por la conciencia alarmada de la prelacia francesa; muchos obispos, que no habian firmado la declaracion, se adhirieron públicamente á ella, llenando de consuelo á los que se complacen en tener por guia de las conciencias la autorizada palabra de la Iglesia.

La Asamblea, desatendiendo las justas protestas del Pontífice, de los obispos y de la Iglesia, quiso marchar adelante por la senda emprendida.

Por decreto de 27 de noviembre de 1790 todos los párrocos y obispos del reino fueron convocados á prestar juramento de fidelidad á la *constitucion civil del clero*, entendiéndose que firmaban la renuncia de sus prebendas los que á prestar aquel juramento se resistieran.

Satánico estratagema para rasgar de una vez la amenazada unidad del clero.

El obispo de Autun, Mons. Tayllerand, y el de Lydda, sufragáneo de Bale, que á pesar de tener su silla en Suiza tenía su jurisdiccion extendida á territorio francés, dieron entre los obispos la señal de la rebelion contra la Santa Sede prestando con solemnidad el juramento á la *constitucion*, que mejor debiera llamarse *secularizadora* del clero, que civil.

No cayeron solas aquellas estrellas que hasta entonces habian lucido en el firmamento de la Iglesia; la parte débil del clero cedió, pero su conducta re-



pugnante no sirvió sino para poner en relieve la dignidad y la fortaleza cristianas de los obispos y sacerdotes perseverantes.

El día 4 de enero de 1791 quedará en los anales del Catolicismo como el de una gran fiesta, pues fue en él que se elevaron hasta á la altura de los primeros confesores una muchedumbre de sacerdotes y prelados, verdaderos representantes de la Iglesia.

Aquella era la fecha señalada por la Asamblea nacional para la solemne declaracion de la conformidad del clero que contaba en su seno, á la protestantizacion de la Iglesia francesa.

En aquel día, en los momentos en que el presidente de la Asamblea iba á hacer el nominal llamamiento de los eclesiásticos que hasta entonces habian permanecido fieles, un grupo de furibundos empezó á gritar: «*Á la linterna los obispos y sacerdotes que no juren.*»

Algunos seglares pidieron que se prohibieran semejantes demostraciones, á fin de que no se pudiera atribuir á coaccion el acto que iba á presentarse.

«*No, no, exclamaron á coro los sacerdotes fieles; no les impidais gritar; no os ocupeis de los clamores de un pueblo del que se abusa; dejadles que clamen, sus clamores no forzarán nuestra conciencia.*»

El presidente llamó á Mons. de Bonnac, obispo de Agen: «Señores, dijo este, poco me cuestan los sacrificios de la fortuna; pero hay un sacrificio que yo carezco de fuerzas para hacerlo, y es el de vuestro aprecio y el de mi fe; yo estoy seguro de que ambas cosas, que tan caras me son, perderia prestando el juramento que me exigís.»

¡Tanta dignidad aterró á los que veian en la figura del venerable prelado la personificacion de la conciencia ultrajada!

Fue llamado luego Mr. Fournet, párroco de la misma diócesis de Agen: «Señores, dijo, pretendéis remontarnos á los primeros siglos del Cristianismo; pues bien, con la sencillez de aquella edad dichosa de la Iglesia yo os diré que me hago una gloria de seguir el ejemplo que acaba de darme mi obispo. Yo andaré sobre sus huellas, yo le seguiré hasta el martirio, como el diácono Lorenzo siguió á su obispo san Sixto.»

Apareció en seguida Mr. Leclerc, de la diócesis de Seez: «Yo nací, dijo, católico, apostólico, romano; yo quiero morir como nací, y me lo impediria el juramento que me exigís: no juro.»

«Señores, exclamó Mons. de Saint-Aulaire, obispo de Poitiers, cuento setenta años; treinta de ellos he ejercido el episcopado; ya comprendéis que no he de manchar mis canas jurando fidelidad á vuestros negros decretos; tampoco juro.»

La Asamblea, ante aquellos hombres venerables por su ciencia y su fortaleza, se hallaba poseida de una cierta estupefaccion; pero las tribunas, que no compartian la responsabilidad de aquella escena imponente, repitieron el salvaje grito de: «*Á la linterna todos los obispos y sacerdotes que no juren.*»

¡Así comprendian la libertad de conciencia, que ya en aquellos tiempos irrisoriamente se llamaba inviolable!

Un sacerdote perjuro subió á la tribuna, y pretendió tranquilizar la conciencia de sus hermanos, que acababan de dar tan elocuente leccion de fidelidad y dignidad: «La Asamblea, dijo Enrique Gregorio, no intenta afectar en nada á la Religion ni á la autoridad espiritual; jurando no os comprometéis á hacer nada contrario á la fe católica.»

Á cuya declaracion los obispos contestaron: «Pues, si así es, convertid esta explicacion en un decreto.» La Asamblea se negó.

Para evitar el inmenso efecto producido por las contestaciones admirables de los individuos del clero, el presidente apeló á una invitacion general: «Que se levanten, dijo, todos los eclesiásticos que todavía no han jurado, y que se acerquen á la mesa á prestar el juramento exigido.»

Nadie se levantó.

La Asamblea decretó en seguida que el Rey nombrara de Real orden los curas que debian sustituir á los no juramentados.

Entonces la Iglesia de Francia presenció una escena conmovedora: muchos sacerdotes, que antes habian jurado, se levantaron para retractar su juramento; tan profundamente les habia herido el ejemplo de firmeza que acababan de presenciar.

Los obispos y el clero fueron despedidos de la Asamblea con infernal gritería, pero la impiedad misma debia dar testimonio de la justicia de las víctimas; en aquel día fue pronunciada una palabra digna de escribirse con tinta de oro en la página que tales acontecimientos recuerda: «*Nosotros, dijo Mirabeau, nos quedamos con su dinero, pero ellos conservan su honor.*»

Está dicho todo.

De trescientos eclesiásticos que la Asamblea contaba, doscientos treinta permanecieron fieles á la Iglesia.

En general el clero francés se mantuvo íntegro, bien que apoyado por el ejemplo de sus obispos, que, siendo en todo el reino en número de ciento treinta y cinco, solo cuatro claudicaron jurando.

La palabra de Pio VI habia fortalecido los corazones. La Iglesia empobrecida se ostentaba rica en confesores, y quedaba en la seguridad de que la defensa de la fe católica podia contar con toda una legion de mártires en el día de la tremenda prueba.

La revolucion, que habia sentado como otro de sus principios fundamentales la libertad absoluta de todos los cultos, empezó á combatir las bases de la jerarquia católica, arrogándose el poder civil la facultad de nombrar obispos para sustituir las sillas declaradas vacantes por la resistencia de los que las ocupaban á prestar el juramento que á sus conciencias repugnaba.

Los clérigos que mas se habian distinguido por la exaltacion de sus ideas fueron llamados á la alta dignidad episcopal por magistrados cuya osadía llegó á hacer irrisoria burla de los dogmas mas elevados.

Los hombres que oficialmente se declararon incrédulos eligieron pastores para los creyentes.

Mas ¿quién habia de consagrar á los elegidos por el pontificado civil?

Por desgracia existian cuatro obispos juramentados, el Arzobispo de Sens, y los Obispos de Viviers, Orleans y Autun. Naturalmente estos se prestaron á derramar la consagracion sobre los electos y á manchar con un tremendo sacrilegio la vergonzosa historia de sus pastorados.

Los nuevos obispos se apellidaron *obispos constitucionales*, y establecieron un cisma profundísimo en la Iglesia de Francia. Tristísimos fueron aquellos días en que los verdaderos hijos de la Iglesia veian profanados los templos del Señor por hombres que blasonaban respeto y celo para el Catolicismo.

Espontáneamente se hizo una division entre los discípulos perseverantes de la Iglesia real, y los secuaces de la Iglesia irrisoria; los templos adheri-



dos á los obispos intrusos permanecian desiertos, los sacerdotes juramentados veian hacerse un desolador vacío en torno de sus altares y de sus confesonarios, los apóstatas solo predicaban en el desierto.

El santo Obispo de Luzón, observando el retraimiento de los fieles de las casas profanadas por los intrusos pastores, alentó á la grey que dispersa iba buscando un lugar puro donde alimentar sus almas con el doble pan de la Eucaristía y de la palabra evangélica.

«Sin duda, decia á sus perseverantes hijos el Obispo de Luzon, difícil os será encontrar local conveniente, procuraros ornamentos y vasos sagrados, mas no os desalenteis; una sencilla tienda, un altar portátil, una casulla de indiana ó de cualquiera tela, un cáliz de hoja de lata ó de madera serán suficientes para celebrar los santos misterios y el divino oficio. Esta simplicidad, esta pobreza, recordando los primeros siglos del Cristianismo y la cuna de nuestra santa Religion, podrá ser un medio eficaz para excitar el celo de los ministros y el favor de los fieles. Los cristianos primitivos tenian por templos sus casas; en ellas se congregaban pastores y rebaños para celebrar los santos misterios, escuchar la palabra de Dios y cantar las alabanzas del Señor. En las persecuciones que affigieron á la Iglesia, viéndose forzados á abandonar sus basílicas, retiráronse á las cavernas y hasta á las sepulturas, y aquellos tiempos de prueba tuvieron el privilegio de ser los tiempos clásicos del fervor cristiano.»

Estas palabras del Obispo de Luzon describen perfectamente la situacion de la Iglesia en 1791, es decir, un año antes del nacimiento del egregio Pontífice que rige hoy la Iglesia universal.

Cuando los fieles se veian obligados á prepararse para emprender su retirada á las catacumbas, no hay que buscar elocuentes términos para ponderar la indigencia inmensa, los riesgos pavorosos, que los cristianos sufrían.

Á medida que iba acercándose á la luz del mundo el niño que el cielo reservaba para cumplir los mas excelsos destinos, la tempestad anticatólica encrespaba con mas furia sus olas, y el huracan centuplicaba sus fuerzas espantosas para dispersar los últimos restos de la institucion divina.

No podemos entrar en detalles sobre el régimen que fue adoptado por los hombres que ocupaban el poder en aquel siniestro periodo.

La actitud noble y digna del clero formaba contraste con la venalidad de muchos que, previendo el triunfo de los principios revolucionarios, sacrificaron á ellos las convicciones sinceras, base de su anterior conducta.

Un decreto desterró en masa á los eclesiásticos que opusieron resistencia á jurar la ruina de la Iglesia; el traje eclesiástico fue prohibido; el despojo del mobiliario de los templos fue decretado.

El niño Mastai Ferretti contaba apenas tres meses cuando vió brillar en las mejillas de su madre ilustre una lágrima arrancada por la amargura de su corazón oprimido. Los católicos del universo sintieron profundamente conmovidos al saber que Luis XVI acababa de ser encerrado en el Temple y que las prisiones de Francia rebosaban de nobles y sacerdotes.

La Europa aletargada carecia de autoridad y de fuerza para detener el curso de unos acontecimientos que ella misma habia sancionado *à priori*, pues consecuencias legítimas eran aquellas terribles escenas francesas de los principios de rebeldía contra Dios y contra los soberanos por el protestantismo sentados, por las cortes admitidos, y por los pueblos aplicados.

«Mientras la revolucion francesa avanzaba en la senda de la destruccion que se trazara, la política de sus adversarios no supo revestirse del carácter conservador que le convenia. ¡Y no hay para qué sorprenderse de ello! El blanco principal de los ataques del espíritu revolucionario era el Cristianismo; la institucion que se proponia arruinar con preferencia era la Iglesia, y cabalmente los soberanos de Europa no se sentian inclinados á combatir aquel odio á toda autoridad superior al hombre, puesto que lo participaban, y antes que los pueblos lo experimentaran, ya ellos lo habian abrigado. Voltaire contaba sus primeros discípulos en las cortes y en los tronos europeos, en Viena como en Petersburgo, en Berlin como en Madrid y Nápoles.

«Colocados en la escuela que considera caducada la mas venerable de las antiguas instituciones, aquellos viejos Gobiernos se habian sentido impulsados á despreciar toda tradicion; y ora se hallaran seducidos por el atractivo de las reformas, ora se creyeran al abrigo de los tiros revolucionarios, ello es que aceptaron sin reserva la máxima de que la primera condicion para el progreso de la sociedad humana es romper las tradiciones de lo pasado...»

«Así se explica cómo todo el instinto conservador que armó á la Europa contra la revolucion francesa se redujera al mas vulgar egoismo; al cuidado de la propia y exclusiva seguridad. El verdadero amor al orden y el culto al derecho le eran completamente extraños (1).»

Á la prision del Rey siguieron las horrendas matanzas de los obispos y religiosos verificadas en París á principio de setiembre de 1792, y reproducidas en todos los departamentos de Francia.

La Iglesia perdió en un solo dia lo mas escogido de sus ministros. El Arzobispo de Arles, que admiraba por su prudencia, celo y talento á la generacion testigo de sus virtudes, mezcló su sangre con la de sus hermanos los Obispos de Beauvais y el de Saintes.

Danton y Marat dirigian aquellas escenas que excedieron á las de las invasiones bárbaras, cuyo espectáculo sembraba en los corazones delicados la idea azarosa de que habia orientado el último dia de la civilizacion.

La cristianísima familia del hoy reinante Pontífice no podia ocuparse de otra cosa que de aquellos tristes acontecimientos, y así desde su primera lactancia el augusto niño debió familiarizarse con los gemidos arrancados de las almas creyentes por los salvajes triunfos de la impiedad.

El mugido de las olas revolucionarias se mezclaba con los suspiros nobles de los corazones fieles, pues el mar de las pasiones francesas saltaba los límites históricos de la nacion de san Luis, y amenazaba inundar los países contiguos.

La guerra á la humanidad estaba declarada.

Cuando el Rey de Francia subió al cadalso, regado con la sangre del clero y de la grandeza, Mastai Ferretti contaba ocho meses de edad; y no habia pasado mes alguno sin que sobreviniera á su familia un grande estremecimiento, producido por las catástrofes que unas á otras se sucedian en el mundo.

Al rodar por el suelo la cabeza de Luis XVI arrastró tras de ella la de un millon de sus súbditos.

El cinismo doctrinal llegó á su apogeo en aquel triste periodo. «Cualquiera se sorprenderá, dijo Saint-Just á los que vacilaban en enviar al suplicio al ino-

(1) El conde de Meaux: *La coalition et le terreur.*